

nos han asegurado—dice la Madre de Chaugy—que la vieron muchas veces besar los pies de los pobres y aplicar sus benditos labios sobre llagas tan horribles, que hacían estremecer con sólo mirarlas (1).»

En seguida hacía sus camas, barría sus cuartos, y se sentaba algunos ratos á su cabecera; si tenían calenturas les enjugaba el sudor, despidiéndose de ellos con tanto cariño como si fuese una madre que curaba á sus hijos. No se crea, sin embargo, que estos actos no costaban nada á la señora de Chantal. Se lee en su correspondencia con San Francisco de Sales «que sentía repugnancia al hacer la cama á los enfermos», así como al oír malas palabras (2).» Pero ella sacaba de su fe y amor á Dios el valor suficiente para hacer todos los sacrificios, así grandes como pequeños, que se la presentaban.

Si los enfermos se acercaban á su fin, quería se lo advirtiesen para estar presente á su última hora, y poder en este momento ayudarlos con sus exhortaciones y consejos. Los ricos solicitaban el mismo favor, y no había nadie en la aldea que estuviese en la agonía, sin que avisasen á la Santa Baronesa. Tenía mucha gracia para asistir á los moribundos, para consolarlos y animarlos en medio de las angustias de la muerte. Si estaba ausente cuando moría el enfermo, se la iba á buscar al momento, «porque nadie se hubiera atrevido á amortajar al difunto, diciendo respetuosamente: Esto pertenece de derecho á la Santa Baronesa; y, en efecto, pedía esta gracia á los pobres, en cambio de los servicios que les prestaba durante sus enfermedades (3).»

De vuelta de sus correrías, era muy raro no encontrarse, sentados en los bancos de piedra del castillo, un

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. I, cap. XVIII.

(2) Migne: *Cartas sin fecha*, pág. 1419.

(3) Declaración de la Hermana María Filiberta de Monthouz, *sup.* art. 28.

gran número de pobres que la esperaban. Había algunos que venían desde muy lejos para que los curase, sobre todo los que tenían algún cáncer, á quienes nadie quería curar. La señora de Chantal los recibía siempre con la mayor amabilidad, y confesó después «que no había para ella día más largo y fastidioso que aquel en que no tenía ocasión de servir á los pobres (1).»

Si hay en la vida de los Santos algo que pudiera ser grato á los ojos del mundo, debería ser la caridad; pero los actos más sublimes son algunas veces los menos comprendidos. La conducta de la señora de Chantal no tardó en ser objeto de la crítica en general. «Está perdiendo el tiempo», decían unos; «mejor haría en cuidar á su suegro», murmuraban otros. La señora de Chantal, sin entrar en discusiones, respondía humildemente que nada quitaba del tiempo en que podía ser útil á su suegro; «y además—decía,—mi suegro tiene criados y criadas; pero los pobres de Jesucristo á nadie tienen si yo los dejo.» A pesar de esto, despreciando las hablillas del mundo, continuó visitando á los pobres, y sirviendo á los que la Iglesia llama, con frase divina, miembros pacientes de Jesucristo (2).

Esta expresión «miembros pacientes de Jesucristo» no era para la señora de Chantal una de esas palabras vagas que se repiten sin comprenderlas; era un misterio vivo cuya profundidad penetraba más cada día. A fuerza de meditar, había entrevisto inefables conexiones entre la Pasión de Jesucristo sobre la Cruz y esa pasión dolorosa que todo hombre tiene que sufrir tarde ó temprano por la enfermedad ó por la adversidad. Del mismo modo que veía á Jesucristo mendigar en los pobres, le veía también paciente en los enfermos, lloran -

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz, *sup.* artículo 28.

(2) Declaración de la Madre María Antonia de Sacconay, *sup.* artículo 62.

do en los afligidos, y sirviéndose en algún modo de sus dolores, para continuar así á través de los siglos, pero bajo otra forma, el sacrificio expiatorio que salvó al mundo. Por esto, nada había que pudiese abatir á la señora de Chantal, ni hacerla detener en su noble carrera, porque su alma, fuerte con estas ideas, se elevaba más y más al heroísmo.

Un día, entre otros, un aldeano que volvía de Autun encontró en un foso del camino á un pobre joven cubierto de lepra y abandonado de todos. El buen hombre bajó del caballo, y cogiéndole, se lo echó encima para llevárselo, como era de costumbre, á la señora de Chantal, para quien era esto un verdadero regalo. En efecto, le recibió con grandísima alegría, le hizo acostar en una cama que estaba dispuesta siempre para los pobres, y haciendo un paquete de sus andrajos para limpiarlos de la miseria que traían, tomó unas tijeras, y con sus propias manos cortó los cabellos y ungió la cabeza de este leproso. Le puso después un gorro blanco, y fué por sí misma á quemar los cabellos, sin permitir á ninguna de sus criadas que los tocasen. Todo el tiempo que duró su enfermedad, que fué larga, fué á visitarle tres ó cuatro veces al día, ungiéndole la cabeza y curando su lepra con admirable alegría. Si la sucedía tener que detenerse con su suegro, ó con alguna visita que no podía dejar, encargaba á una criada fuese á llevar la comida á su pobre enfermo. Esta, que no tenía la virtud de su ama, ponía corriendo al lado de la cama lo que llevaba, y se retiraba al instante tapándose las narices, lo que hacía al pobre enfermo desahacerse en lágrimas. «Cuando la señora viene—decía—nunca se tapa las narices, se sienta á mi lado, y me instruye en lo que es necesario para mi salvación; pero cuando no puede venir, todos me abandonan.» Aquel pobre joven murió poco después. La señora de Chantal le veló noches enteras, y le hizo recibir los últimos Sa-

cramentos. En el momento de expirar se volvió hacia ella con las manos juntas, y le pidió su bendición. La señora de Chantal se la dió, y abrazándole le dijo: «Anda, hijo mío, muere en paz; tú serás llevado, como Lázaro, por mano de ángeles al seno de Abraham.» Lavó su cuerpo en seguida, y lo amortajó. Uno de los primos de la señora de Chantal, que se encontraba por casualidad en el castillo de Monthelón, y que no veía, como su prima, á Jesucristo en los pobres, la dijo encolerizado y con desprecio: «Señora, ¿habéis olvidado que en la ley antigua, el que tocaba á un leproso quedaba manchado?—¡Oh!—replicó la Santa con dignidad,—desde que he leído en el Evangelio que mi Salvador se había asemejado á un leproso, ya no tengo horror de la lepra, excepto de la del pecado;» y continuó lavando el cuerpo del pobre difunto. Asistió á su entierro, y todo el tiempo que duró la ceremonia meditó en estas palabras: «Dios eleva al pobre del fango, y le hace sentar entre los príncipes de su pueblo (1).»

Se cita otro rasgo de nuestra Santa en esta época, que es aún más bello. Había cerca de Monthelón una mujer joven y bonita, que para complacer á su marido se hizo cortar una berruga que tenía junto á la nariz, y que disminuía algo su belleza. Desgraciadamente la operación no salió bien; la salió un cáncer, y en poco tiempo se desfiguró de tal modo y se puso tan fea, que su mismo marido la abandonó. Cuando aquella pobre mujer se vió en tan terrible abandono, se dirigió á la señora de Chantal, como á la providencia de todos los abandonados. La Santa Baronesa empezó á curar tres veces al día el cáncer que roía con espantosa actividad el rostro de la pobre mujer; pero todos los remedios fueron inútiles. El mal se extendió por la frente y me-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 71. Declaración de la Madre Favre de Charmette y de la Hermana María Antonia Sacconay, sup. art. 23.

jillas, descarnando de tal modo la cara, que verdaderamente era cosa tan horrible á la vista, como intolerable al olfato el hedor que despedía. La pobre mujer se vió pronto relegada á un cuartito, en donde durante tres años y medio no vió más que á la señora de Chantal, pues todo el mundo huía de un espectáculo tan horrible como desagradable. Continuando el cáncer sus estragos, después de haber descarnado las mandíbulas y puesto al descubierto toda la dentadura, subió por un lado hasta las orejas, y por el otro bajaba hasta la barba; de suerte que el rostro de esta mujer se hubiera parecido al de una calavera, sin los ojos, que volviéndose en sus órbitas descarnadas, la hacían aún más horrible.

Los parientes de nuestra Santa hicieron cuanto pudieron para que dejase de cuidar á esta mujer, y no pudiendo lograrlo, se decidieron á ponerlo en conocimiento del Presidente Fremiot, quejándose amargamente de la imprudencia de la señora, y exagerando el peligro á que se exponía de contraer la enfermedad y comunicársela á sus hijos. El Sr. de Fremiot, sumamente conmovido, escribió á su hija una severa carta en que, para concluir, la decía: «En virtud de la autoridad y del poder que tiene un padre sobre su hija, os prohibo tocar á esa mujer cancerosa. Si no tenéis cuidado de vos misma, tened compasión de esos cuatro hermosos hijos que Dios os ha dado, y de los cuales os ha de pedir cuenta.» La señora de Chantal no titubeó en obedecer; continuó preparando tres veces al día lo que era necesario para curar á la enferma, y lo llevaba á su cuarto, absteniéndose de tocarla, que era lo que su padre la prohibía.

Aquella pobre no vivió ya más que unas tres semanas. Tal era la actividad del cáncer, que después de haberla desprendido las mandíbulas, la hizo un agujero en la garganta, y sólo por esta abertura podía nues-

tra Santa hacer bajar un poco de alimento á su estómago, valiéndose de un instrumento que había mandado hacer al efecto; no podía pronunciar ni una sola palabra, y su aliento salía por dicho agujero con un ruido tan lastimoso, que hacía retirar á los más intrépidos.

En los momentos antes de su muerte, aquella pobre mujer no tenía más que una pena: la de no poder comulgar. La señora de Chantal leyó en sus ojos esta pena, y no queriendo cuidar menos á su alma que á su cuerpo, alcanzó del párroco la diese la Comunión por el agujero de la garganta con una pequeña partícula, que se la introdujo por medio de unas pinzas de plata que mandó hacer para esto. La buena mujer expiró dulce y cristianamente medio cuarto de hora después de esta feliz Comunión (1).

Apenas se la enterró, cuando trajeron á la señora de Chantal un pobre viejo lleno de sarna y lamparones; le recibió y curó por espacio de diez meses, al cabo de los cuales murió, y le amortajó con sus propias manos.

Mientras que la señora de Chantal revelaba así cada día, en actos tan heroicos de abnegación, su grande amor á los pobres, un viaje á Bourbilly la hizo llegar al más alto grado de heroísmo. Era hacia fines de Septiembre, y había ido á este castillo por ser tiempo de vendimias, cuando de repente se declaró la epidemia de la disentería, con tanta fuerza, que en un instante hubo en la aldea un número considerable de muertos y agonizantes. La Santa, compadecida de aquellos pobres enfermos faltos de todo, se consagró al instante y con ardor divino á su servicio. Todas las mañanas antes de amanecer, y hecha ya su oración mental, se iba á visitar á los enfermos, llevarles remedios y limpiar sus inmundicias. Oía después Misa, y en seguida volvía á visitar á los enfermos que estaban más lejos. A la tarde

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 72. Declaración de la Madre Favre de Charmette, *sup.* art. 23.

hacia la segunda y general visita á todas las casas de la aldea en que había enfermos, y vuelta á su casa pedía cuentas del trabajo del día y del estado de sus bienes, «porque sus devociones no la impidieron nunca velar por la conservación y aumento de la hacienda de sus hijos (1).» Sucedió muchas veces que cuando volvía por la tarde á su castillo, rendida de cansancio, la venían á buscar para asistir á un moribundo, y pasaba la noche al pie de su cama de rodillas, rezando con él, sirviéndole como una madre, y excitándole á morir santamente. Siete semanas pasaron así, durante las cuales no hubo un sólo día en que no lavase y amortajase con sus propias manos tres ó cuatro cadáveres.

Pero sucumbió, en fin, á tanto trabajo; la calentura y la disentería la redujeron al instante á tal estado, que se desesperó de su vida. En este conflicto hizo escribir á su suegro para pedirle perdón, y encomendarle sus cuatro huerfanitos; después, abandonándose al divino beneplácito, ofreció á Dios el sacrificio de su vida. Pero aún no había llegado su hora. Una noche en que se la creía á los últimos, y en que todo el mundo esperaba verla agonizar, se sintió inspirada para hacer un voto á la Virgen, y al instante volvió á la vida y á la salud. Se levantó, pues, y habiendo arreglado sus negocios, montó á caballo y salió para Monthelón. Fué recibida allí con una alegría difícil de expresar, por sus cuatro hijos, que no habían cesado de llorar desde que se recibió la carta que anunciaba su enfermedad, y aun por su suegro, que no podía consolarse con la sola idea de perderla; «porque á pesar de las persecuciones que había sufrido en el castillo de Monthelón, era tenida en él por una Santa (2).» Por otra parte, apenas supieron sus habitantes que había llegado, cuando acudieron en gran número, no sabiendo cómo

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 78.

(2) *Maupas*, pág. 79.

expresar su alegría. Las mujeres, los niños, todos se agrupaban á su alrededor, la besaban las manos, y los pobres, sobre todo, bendecían al Señor porque les había devuelto su madre.

Profundamente conmovida y consolada con tales testimonios de afecto, la señora de Chantal volvió á principiar con nuevo ardor, en medio de aquellas buenas gentes, su vida activa, generosa y consagrada con abnegación propia al alivio de todas las miserias y al consuelo de todos los dolores. Pero no insistamos más en esto, porque necesitamos darnos prisa para contar otras maravillas. Por lo demás, la memoria de esta caridad heroica, no se ha debilitado con el tiempo en medio de aquellos pueblos que tanto amó la señora de Chantal. Los habitantes de Bourbilly la habían apellidado la *santa Baronesa*; los de Monthelón la bautizaron con nombre aún más dulce, y que parece indicar la feliz transformación que se notó en nuestra Santa después que se puso bajo la dirección del bienaventurado Obispo de Ginebra; la llamaban *nuestra buena señora*. Este es el nombre que se lee en el pedestal de su estatua en la iglesia de Monthelón; es el nombre que le dan en sus rezos de mañana y tarde, y hasta en el cumplimiento de los actos más solemnes de la Religión. Aun hoy, después de pasados dos siglos, cuando un aldeano de Monthelón entra en una iglesia, y se arrodilla en el tribunal de la penitencia para hacer la confesión de sus culpas, se le reconoce al instante, porque siempre empieza así: «Yo me confieso á Dios todopoderoso, á la bienaventurada Virgen María, á San Miguel Arcángel, á San Juan Bautista, á los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los Santos y á *nuestra buena señora* (1).»

(1) Un gran número de sacerdotes de la ciudad de Autun y de las aldeas de alrededor, me han contado este hecho por su propia boca.